
Miguel Ángel García
escapismo
en espiral

Escapismo en espiral

Miguel Ángel García











Gobierno del Estado de Michoacán

Salvador Jara Guerrero
Gobernador del Estado
de Michoacán de Ocampo

Marco Antonio Aguilar Cortés
Secretario de Cultura

Paula Cristina Silva Torres
Secretaria Técnica

María Catalina Patricia Díaz Vega
Delegada Administrativa

Argelia Martínez Gutiérrez
Directora de Vinculación e Integración Cultural

Lucía González Ramírez
Jefa del Departamento Programas Mixtos
del Sistema Estatal de Creadores

Escapismo en espiral
Miguel Ángel García

Primera edición: Abril MMXV
ISBN: 978-607-96534-9-1

DR © Secretaría de Cultura del Estado de Michoacán
Isidro Huarte 545, Cuauhtémoc, Morelia, Michoacán
Tels. (443) 3-22-89-00, 3-22-89-03, 3-22-89-42
www.cultura.michoacan.gob.mx

DR © Silla vacía Editorial
Miguel Cabrera 88-A, Centro Histórico, Morelia, Michoacán
www.sillavaciaeditorial.com

Corrección de estilo: Sr. Tarántula y Natalia Ramos
Dibujo de portada: Lady Orlando
Diseño de forros: Leodegario Mendoza
Diseño editorial: Leodegario Mendoza
Cuidado de la edición: Silla vacía Editorial

Impreso en Morelia

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra, sólo se pide citar la fuente y que no sea con fines lucrativos.

Este proyecto fue apoyado por el Sistema Estatal de Creadores a través del programa de Coinversiones para la Producción Artística de Michoacán. Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

Para mi familia:
todos somos Garguz

Alguien que fui me está mirando
y mirándolo estoy, y miro
en el que fui que soy. Y claro,
multiplicado por los espejos
de siglos, me alcanzo y me enriquezco.

Rubén Bonifaz Nuño

La fuga perpetua

Córtex temporal

(Recuerdos)

Canto al hombre prófugo de sí,
De su casa, de su amor, de su paz,
Al hombre que carga sus universos destruidos
Y lava en ellos sus ojos, sus labios,
Y nunca cesa de olvidar.

Carlos Montemayor

Servicio a la comunidad

Desde hace tiempo puse un letrero afuera de mi casa: "Se construyen alas duraderas". Desde ese día los alacranes son mis mejores clientes.

Score final

Para entretenerme con tu ausencia encendí tres galaxias, dos libros y la Tv que no tengo; ahí daba fin el partido: los Recuerdos le ganaron por un tanto al Presente. Los comentaristas fueron certeros: todo hubiese cambiado con la incursión del goleador, el número Nueve, mas el Porvenir no pudo actuar: vio todo el juego desde la banca de suplentes.

Hoy tomé...

...mi álbum fotográfico y vi que faltaban varios recuerdos. Algunos los olvidé con alevosía premeditada y otros se perdieron en mi deteriorada memoria. Varios sitios del álbum están vacíos y su lugar sigue ocupado por los vestigios de los iconos que alguna vez ahí estuvieron. Deseo recuperar mis imágenes perdidas. Deseo hacer una llamada y existe un problema: es de larga distancia. (Más de tres años nos separan, eso es larga distancia para mí.) Ella vive en un Estado diferente al mío (soltera, divorciado). Sus recuerdos me siguen mas con mis recuerdos no puedo seguirla: el afán de copular con las once mil vírgenes fue mi perdición. Me quedé en la tercera, en la tercera gaveta del archivero; desde ahí lanzaba jabs y uppers con mi diestra paciencia. Desde mi hemisferio izquierdo salían fulminantes ganchos al hígado patrocinados por mi cerveza veinticinco por ciento gratis. Hoy tomé mi álbum fotográfico y vi que faltaban varios recuerdos.

Bonita

Puedes llegar cuando gustes: he guardado el cielo en mi refrigerador para dártelo fresco, a cucharadas.

Recuerdos futuribles

Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre,
cuando desconoce quién es el otro.

Tito Maccio Plauto

Desde la última detonación de odio los cometas dejaron de surcar el cielo con sus niños atados al cordel de los juegos. Los cometas quedaron sin cielo, sin niños, sin juegos. Los cometas ya no transpiraron anhelos. Desde la última detonación de odio los cometas sólo existen en mis sueños.

Para Noia: un obsequio mental

Al principio quería que todos me vieran, hoy lo he logrado y en verdad me aterra. No hay acto ejecutado por mi persona sin que éste sea escudriñado por el colectivo que me rodea. No hay secreto por guardar, incluso las paredes saben lo que pienso.

Sin importar su lejanía, las risas ajenas me obligan a mirar de reojo pues resulta evidente: la gente se burla de mí, claro, siempre a mis espaldas. Los murmullos del viento manifiestan el contubernio con los árboles: juntos maquilan algo en mi contra.

Sólo en mi sueño encuentro tranquilidad... en ocasiones. Varios espías han averiguado la fórmula de la alquimia y de vez en vez se hacen presentes cuando duermo. En el onírico terreno aparecen como perros, o en forma de reclamo, o como intento de fuga que siempre queda en "el intento" porque nunca me muevo cuando correr debiera.

Las gotas del médico no ayudan en nada. Me otorgan la llave y accedo al otro mundo que en mí se encuentra. Sondeo las arritmias del letargo y balbuceo la respiración de la existencia, pero nada: basta un poco de atención para que en el silencio identifique a los conspiradores bisbiseos que ahí se ocultan.

No lo comprendo, ¿por qué todo el mundo se ocupa de mí? ¿Por qué todo el mundo puede ver mis entrañas a pesar de ser un ente invisible? Es definitivo, en algún sitio se aloja un problema. Comienzo a pensar que vacaciona en mi cabeza.

FRÁGILmente

Apreciemos sin vértigo la extensión de mi inocencia.

Arthur Rimbaud

Es difícil unir las palmas de mis manos. El nudo de prejuicios hecho en mi espalda lo torna imposible. Danzo con las nubes en medio de cristales etéreos, quizá por eso a los transeúntes les inspiro miedo. Golpeo el colchón para poder dormir: mi martillo es la conciencia. Mis sueños transcurren en blanco y negro, mi vida pasa en intermitencias. Inyección. Hora de consumir los alimentos: pastillas de colores y substancias legitimadas surcan los psicotrópicos caudales de mis venas. Tu rostro y el cielo comparten el azul pigmento. "¿Hay alguien en casa?", le preguntan los electrodos a mi cabeza: descarga de rabia e impotencia sobre la esponja. Dientes crispados, rechinar de pupilas, anandinas ausentes. Los doctores dudan de mis palabras pero jamás he sido tan honesto: es difícil ser funcional en un mundo hipermoderno. "Sí, hay alguien en casa".

Esquirlas del Yo

Me cuesta trabajo recordar quién soy. Lo más triste del caso es que quizá nunca lo supe, o lo sabré. (Para variar un poco: mi memoria está infectada.) La pugna por vivir con dignidad fue ilegal y perdí mas no hubo artimaña alguna de la cual no estuviera enterado. El Sistema, siempre hacia delante, devoraba cada centímetro del cuadrilátero llamado vida; por mi parte, en la batalla cotidiana realizaba los movimientos aprendidos en tantos entrenamientos con la sombra: medir distancia con las decisiones peligrosas, danzar con las moralejas y soltar metralla de propuestas parecían el infalible método para obtener la victoria, pero no, un leve parpadeo y la humanidad (mi humanidad) completa fue enviada a la lona. Objetividad, es innecesario contar hasta diez: me encuentro fuera de mí, en la otredad que me rodea y en cada instante me obsequia sus vivencias. Lo dicho, los juegos de azar son de villanos, y bastó un volado, un simple volado de publicidad de esa estúpida Tv para dejarme inconsciente.

¿Hacia dónde dirigir los pasos cuando todos los rostros han perdido sus rasgos? El espejo se niega a decirme algo acerca de mí, no me da ninguna pista. Recuerdo que... lo siento, no recuerdo nada que pueda contarles y para ser sincero no sé si ahora mismo escuchen estos errantes balbuceos de lo que soy sin haber sido: la poca lucidez que tuve fue mandada al sitio donde las aves pernoctan. Lo sé, la razón es un sueño malherido que en alguna ocasión llegó a soñar conmigo.

¿Recuerdan quién soy? ¿Recuerdan quién fui? Al parecer soy un animal bicéfalo con la antagonía zurcida en las frentes. A la entrada de mi cueva encontrarán una migaja de luz, última esquirla de mi existencia arrojada en espera que alguien llegue, por fin, a nombrarme.

Relatos inmersos en rostros ajenos

Lóbulos frontales
(Percepción & Pensamiento)

Los que espiamos dentro de nosotros
cercenando nuestro nombre,
hemos aprendido a ver
la imagen de nuestro semejante.

Juan Bañuelos

Jonás

Incisión sobre incisión, negligencia, una cicatriz sobre otra. Recuerdo, Jonás está cansado de evocarte en las tinieblas. ¿Cómo decirte que le haces falta? La plaza se encuentra sola y la fuente irriga vida en el lugar donde jamás estuviste. Hastiado de esperarte se monta en el poema y abrocha el cinturón de seguridad. Va hacia ti.

En la serranía de lo intangible dos cisnes pugnan ferozmente. Pasan días, semanas, y los cisnes siguen fornicando. Jonás está varado, el poema se lastimó una aleta y se muestra renuente a caminar. Es entonces cuando Jonás entiende que antes de ser paloma de la paz fue cuervo, por ello extrae una pluma del bolsillo izquierdo de su cerebro y se la da al poema, éste comienza a elevarse: bendito placebo.

Recuerdo, en el camino Jonás recoge los rescoldos que te hacen posible. Te escucha en el silencio, en la soledad, en la nada. Por fin, llega a su destino (su destino eres tú). La ciudad está dividida en dos: una mitad que desconoce y una mitad que no existe. Para evitar extraviarse prefiere internarse en la mitad inexistente. El poema se aleja, lo deja solo. Miento. Está con su perra, con su perra suerte.

La oda de los asesinos ronda su cabeza, desde ahí devora las entrañas de la tierra. Recargado sobre el árbol se pregunta por la veracidad de la mentira. Recargado sobre el árbol se pregunta por la cierta verdad que habita en la sospecha. Recuerdo, estás azulado y no quiere tocarte, sólo charlan, beben anhelos y planean construir puentes con palabras endebles.

Jonás huele a los demonios. ¡Jonás huele a mil demonios! Éstos regresaron, al parecer nunca se fueron. Jonás abre la boca y hace lo inverosímil: vomita vivo al enorme pez que llevaba tres días rezando en su vientre.

Vaquero galáctico

La Tierra Prometida no es como se la habían prometido. En una semana Job ha recorrido descalzo el hermoso valle galáctico que le obsequiaron: ahora conoce los inmensos campos de tulipanes, los manantiales de bondad, los parajes de fuego y sus recovecos... y nada le llena. Cierto es que en campo fértil se encuentra y por ello cualquier palabra que aquí siembre retoñará en forma de poema, como también verídico es que de las doscientas cabezas de ganado que cuentan con un herraje en forma de "J" nomás no se haga una: eso significa ser el dueño atemporal de ternerita pura. A tres de ellas ha ubicado para mandarlas al rastro a la menor provocación y por ende disfrutar de unas deliciosas arracheras en la terraza de su intergaláctica nave. Y tiene una, aparte, aparte de todas, una entre doscientas con otro tipo de sangre en las venas. Extranjera es, extranjera se presenta, extranjera pasta en los lindes aledaños y con un verde mirar desde antes lo piensa.

Viceversa

No sé si soy verdugo o víctima al imaginar las torturas más atroces, porque al escribirlas sufro más que nadie.

Donatien Alphonse François de Sade

Alfonso tenía un trastorno, un trastorno tenía Alfonso. En realidad nunca lo tuvo, nunca lo tuvo en realidad (Freud, el psicoanalista polvo de ángel, se lo imputó post mórtem; tardó catorce lustros en hacerlo). Con clero y gobierno en su contra: manicomio, anatema y cárcel: la respuesta. Simone de Beauvoir y Albert Camus defendieron su lectura pues en su tiempo, otro tiempo, no este tiempo, hablar de sexo era un atractivo pecado.

Dicen que el demonio calcinaba el alma de Alfonso mas en el alma de Alfonso se calcinaba el demonio. ¿Dudas al respecto? Pregunten a *Justine* y *Juliette*, las vírgenes que pagaron los platos rotos. Su eterno flagelo vino de una mente retorcida, retorcidamente. Sólo así (¿sólo así?) se pueden imaginar *120 días de Sodoma* y miembros de dieciséis pulgadas diametrales cuya eyección seminal llena jarras... de leche.

Cópulas interminables con meretrices insaciables, inocencias interrumpidas ininterrumpidas veces. Vejaciones a la dignidad aquí y allá. Orgías, lujuria desbordante, encierro creador de fantasmas exigiendo ser materializados con el fin de alcanzar un principio: el placer.

Alfonso sufrió con sus narraciones, la gente sufre con ellas. Alfonso disfrutó sus narraciones... y viceversa.

Josefina

La dupla de doctores afila su bisturí. Estrellas de incandescencia brotan al contacto del quirúrgico metal con la piedra de esmeril. Relajada sobre la plancha, la paciente aún respira. Dos ballenas varadas en la niebla atentas escuchan al simio que trastabillea la novena sinfonía por un sordo escrita. En el sauna de los ciegos se transpira la utopía. Un docto regala una margarita al autista y éste como un tulipán la idealiza. Josefina danza sobre el abismo constructivista.

El primer médico toma el pulso y aprovecha un descuido para hundir sus colmillos en la carne. No hay sangre, quejidos ni llanto en la paciente. La otra doctora espera su turno. (Las ballenas compasión bostezan.) Piedad no es el nombre de la segunda curandera y por ello a Josefina sin miramientos le amputa las piernas.

Los cetáceos deciden hablar pero sólo escupen mierda, poca, pero mierda al fin, luego dan sus condolencias. Un esteta detiene el sangrado y sutura los muñones con palabras de aliento. Josefina balbucea una canción y por vez primera conoce el rostro del miedo. Verse al espejo le aterra pero en el fondo siente un gran consuelo: esta noche por fin cenará con su hijo en el milenario restaurante de lujo llamado Cielo.

Sueños perdidos

Nuestra tragedia sólo a nosotros llega:
para los demás, es encabezado de periódico.

Fernando Ferreira de Loanda

¿Cómo cerrar los círculos si Remedios se empecina en abrirlos? El Señor x no sale, desea hibernar, no le interesan ya las noticias del mundo. "¿Acaso los cangrejos alados fueron quienes raptaron mis anhelos?", se pregunta, está preocupado en demasía. "¿Aún existirán mis sueños, tendrán frío, hambre o celebran porque al fin se libraron de mí?", insiste, la angustia lacera su abdomen con punzadas intermitentes. Sentado junto a la ventana todo gira dentro de su cabeza y ávido espera la pista que lo lleve a encontrarlos para traerlos de vuelta a casa, arroparlos y alimentarlos mientras charla con ellos.

Nada, no pasa nada. Las aves lo ignoran, siguen su marcha, ni siquiera se posan en el alambre situado frente a su casa. Las piedras no hablan y menos cuando no les conviene hacerlo. A la mentira no le pregunta pues en definitiva ésta le mentiría ya que jamás a la verdad ha besado. El viento y las nubes le repiten lo que se niega a reconocer: los ha perdido. La vigilia cansa y los párpados pesan, entonces sucede lo ineluctable: duerme, duerme y vuelve a soñar.

Un día nace y con él la esperanza hace redobles. Mr. x recibe las caricias solares y con éstas llega una agradable sorpresa: su cama está rodeada de sueños. Aunque ergonómicamente se parecen mucho a los extraviados, en definitiva no son los mismos que perdió por olvidadizo. Equis los abraza, acaricia, peina con afecto, les pone nombre y una fecha específica de cumplimiento. Les jura que jamás va a dejarlos solos y que a diario velará por verlos constituidos como una firme realidad; tautológicamente, les promete que pronto dejarán de ser una promesa. Los pequeños sueños lo escuchan atentos mas de pronto un aleteo los distrae a todos, la desconfianza irrumpe en la habitación. Con sólo mirarlo ha tocado el corazón de Equis. La desconfianza sonríe pues ha hecho bien su milenaria labor: sembrar duda y sospecha en quienes así lo permitan. Leve golpea las ancas de su pegaso y altivamente se marcha.

El sudor recorre la frente del Sr. Equis y el pulsar de lo acaecido con los sueños anteriores se torna más vivo: "Quizá los perdí por estar solo". Su compañera se fue, simplemente dejó una nota inscrita en el espejo. Su voz parsimoniosa ya no está mas aún perdura su recuerdo. "Mi habitación es tu territorio/ en cada resquicio se aprecia tu presencia// Cerca del volcán te sueño/ sigues presente en la distancia", recitaba para sí mismo todos los días el morador con nombre de incógnita.

x deja a los pequeños en el cuarto de juegos y se dirige al sitio en donde pasó todo el día de ayer: la ventana. Enciende la radio en su pecho y de inmediato un jaguar le trova verídicos versos: *Sabes, la soledad es fiel, no te cambia por ninguno, ni te engaña ni traiciona, te acompaña hasta el fin.* La apaga, no necesita ningún recordatorio. Sabía que en soledad se pueden crear las obras más bellas y legados que enriquecen la cultura del mundo mas eso no le interesaba pues al tener a alguien a su lado las maravillas del universo adquirían un sentido nuevo, vitalicio. Necesitaba compañía para motivar el crecimiento de sus anhelos recién nacidos.

"¿A quién acudir para compartir su resguardo?", se cuestionó y un desfile de posibilidades pasó frente a sus ojos. "¿A Galatea, a mi prisma favorito, a las creencias mal interpretadas, al reptil apócrifo, a los rostros que emergen del muro, a la cabra bicolor que perdió su demonio bondadoso, al camaleón que posa sobre la cabeza de la malagueña, al cerdo rosa con el dorso insultante, al tuerto que me mira fijamente, al paquidermo fotogénico domesticado, a los héroes cubanos, al vampiro humanitario, a los inventores del cero, a los muertos que habitan libros, a los vivos que no quieren vivir, al creador del barco de cristal, a las divinidades (al señor de la barba, al de color azul o al obeso sentado), a la luz, a la sombra del sonido, a las flores enfermizas, a los guantes de box enmohecidos o a la PC que se niega a funcionar?".

Panorama funesto: entre soledad e incerteza se encuentra. Equis se ve obligado a desligarse de antaño para solventar un ciclo e iniciar otro, así que solicita permiso a quien no está físicamente: "Remedios, mujer de los delgados mares, permíteme olvidarte, permíteme convencerme de no haberte sentido la mecenas de mis sueños. Dame oportunidad de mentir para decir que no guardo el cordón

aquel de mi regalo y que la luna no sabe de mis penas porque jamás, jamás me ha visto tristeando por las calles ebrio de su lluvia luminosa". El vacío de la otredad no responde y x necesita despejar de una vez por todas sus palabras así que insiste con el confesionario en soliloquio: "Los rescoldos sonoros me confortan, por eso me jacto de tu ausencia, porque no me viste en realidad. No supiste que me escondía tras asteroides para beber la verdad a bocanadas, tampoco me viste cuando esnifaba versos a caudales y mucho menos sabes de mi apetito voraz de luminosidad. Lo confieso: a diario me inyecto fractales de luz para sentirme vivo".

Tocan a su puerta, le dejan el periódico. La noticia llega en primera plana: "Fatal hallazgo: sueños aniquilados por el olvido". Nota roja, amarillista página, día gris. Los reconoció de inmediato, se trataba de sus sueños perdidos. La fotografía era espantosa: apilados uno sobre otro murieron abrazados, se veían completamente famélicos. "Cuando respiraron vivieron de esperanza, y efectivamente, según la necropsia de ley, la esperanza murió al último", sentenciaba el escriba de la nota.

"He decidido remar en dirección hacia su canto y sé que me fragmentaré con ello", les dice a los pequeños sueños mientras les besa la frente como cariñosa despedida. Está consciente, sale y deja la puerta abierta para que, de ser posible, alguien más llegue y los adopte.

Al Sr. x sólo le queda regresar hacia su pasado, incursionar cabalmente en alguno de los mares delgados para realizar los trámites correspondientes y le entreguen sus oníricos despojos: desea darles sepultura. En el epitafio se leerá: "Descansen tranquilos mis queridos sueños/ estaré a la espera de su eterno retorno/ Equis". Después de enterrarlos buscará a los malditos cangrejos, sabe que no tienen vela en el entierro pero se quiere embriagar con ellos por la memoria de sus anhelos: festejará su suicidio porque con sus sueños se muere. ¿Qué puede perder que no haya perdido ya? Kamikaze perfecto, acude a su encuentro.

Cierta lluvia de tez delgada...

...cambia el panorama de la ciudad por completo. Saliste a tiempo con la idea de llegar temprano a cumplir con tus ocupaciones laborales pero después de estar varado veinte minutos en el estómago de un vagón subterráneo sabes que eso no será posible. A través de las bocinas una entrecortada voz anuncia lo evidente: "Estimados usuarios, se les notifica que debido al mal tiempo la Línea B tiene problemas técnicos y suspenderá su servicio por algunos momentos". La Estación W regurgita seres ávidos de abordar transporte; ahí estás, entre la gente, abrumado, silente y desnudo de pensamientos.

> *Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio.*
>
> Juan José Arreola

En la superficie una enorme calzada es testigo de la humana marabunta deseosa de movimiento. Toreas los charcos de la banqueta y caminas hacia el encuentro con el nuevo transporte en el cual esperas llegar a tu trabajo: todos llenos, a reventar, literalmente. Por fin, descienden cinco individuos y entran diez, tú entre ellos, al final. Medio cuerpo dentro del camión y la otra mitad al aire libre para convertirte en un volador (urbano) de Papantla. Te aferras al último escalón del maltrecho camión. No hay manera de imaginar a tantas personas en el mismo vehículo, solamente lo puedes comprobar siendo pasajero. Varios celulares utilizan un satélite para notificar el inminente retraso de sus dueños.

Has llegado al punto Z, un estratégico cruce. Bajas del microbús pero no vas enfilado hacia el subterráneo en busca de continuar con la habitual ruta de transporte, sería inútil tu esfuerzo pues el gusano electromecánico sigue durmiendo. Caminas para transbordar y te rehúsas a comprar el chino paraguas que un insistente vendedor te ofrece: la lluvia descansa sobre tus hombros. Cae con sigilo e insistencia. Es delgada mas su multiplicado tacto la torna pesada; los

cuerpos, todos, se humedecen con su tenue tesitura. Por instantes la lluvia les permite observar hacia los lados y en otros lapsos acelera su marcha nublando por completo las visiones. Ella no es culpable de nada: plácidamente dormía recostada sobre las nubes cuando escuchó un susurro proveniente de la lejanía, de allá abajo, más abajo del asfalto. El corazón de su madre le hacía un llamado que poco a poco tomó más fuerza. De gravedad se tornó el asunto cuando todas las gotas se descubrieron despiertas, le soltaron la mano a las nubes y por ende sobre los cuerpos cayeron.

Otro micro, ahora rumbo a tu destino final. De nueva cuenta la travesía para abordar. Entre empujones logras subir hasta dejar tus partes nobles justo en el rostro del individuo que se suponía dichoso por contar con un asiento. El desesperado chofer se frota los cabellos pues en este momento no puede pasar hecho un demonio por las calles de la ciudad, pero lo será más tarde, eso es seguro. Opta por aumentar el volumen de la radio y los otrora jóvenes ingleses les regalan a los usuarios uno de sus acústicos ladrillos.

Avanzado un trayecto comienzan a descender algunos, no todos. Los menos se dejan envolver por esa cápsula que les otorgan sus audífonos, otros por las saltarinas líneas de su libro: todos juegan a sobrevivir en medio del valle de la muerte. Después de tu convulso inicio del día lo único deseable es llegar a la oficina, encender la computadora, preparar una taza de café y escuchar “Gong Endir” antes de iniciar tu trabajo, total, este ajetreo es común en una ciudad llamada Esperanza.

Por fin, has llegado, estás empapado. Tus ojos preguntan el clima a las nubes y éstas contestan que la tez delgada de la lluvia te acompañará todo el día. Sonríes. Horas después la odisea será en sentido contrario pues deberás ocuparte por regresar a casa, al sur, a T... extitlán.

Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones.
Podría darse el caso en que usted creyera haber llegado a T,
y sólo fuese una ilusión.

Juan José Arreola

Década diez

Todo inicia en el albor de ciertas madrugadas. Un muro les divide y la actividad les acompaña. De un lado se encuentra el Insomnio; Humedad está del otro. Las imágenes se pasean en la cabeza del primero (ágilmente recorren las sinápticas autopistas de los cerebrales surcos). De vez en vez los accidentes suceden: dos imágenes-proyecto no pueden ir a exceso de velocidad, no en el mismo carril. Las historias también se trasladan usando la misma infraestructura, las controversias hacen lo propio, ¿un poema en prosa es un poema o se pone la piel de un cuento?

Todo inicia en el color de un gemido, en el paulatino incremento de su cadente intensidad. Insomnio se adhiere a la pared con la agudeza de su olfato auditivo, a su lado su vecina se encuentra (pleonásmicamente) humedecida. Quizá sin compañía, quizá se hace el amor ella misma, quizá...

Patas arriba es el título del texto que Insomnio no ha deseado leer y en definitiva no leerá. Patas arriba es como el ave nocturna acomoda a su presa y la penetra, la penetra en el vuelo, en el vuelo dulce y silenciosamente la penetra, lejos de ahí, en otro mundo, el suyo, el que sólo se visita en cada encuentro.

Todo cambia de lugar en el muro, todo cambia de lugar en el mundo cada vez que se tocan. Humedad lo sabe y por ello a Insomnio llama. Derriban el muro, derriban el mundo y se complementan.

***

De cada diez personas que conozcan estas líneas una llamará a Insomnio esta noche y otra con Humedad hará lo mismo.

Yo lo sé porque me lo han contado
Tú porque lo has leído
Él lo ha vivido
Ellos (los otros siete) no lo sabrán
No degustarán hoy el calor de los gemidos de Humedad
Nosotros guardaremos el secreto
Vosotros seréis testigos del perpetuo silencio

Los enigmas de un taquero

El Gallo se levantó encabronado.

Los enigmas de un taquero[a]

El Gallo se levantó encabronado. Claro, con un puesto nocturno de tacos tan populares, una reciente intervención quirúrgica y el inminente desmembramiento de su dream team para atender a los clientes, *la cosa*[b] se avizoraba complicada. Justo ayer su esposa lo abandonó en la relación (laboral) y para colmo de males el Guty había hecho lo propio, ambos al mismo tiempo;[c] dadas las circunstancias, el taquero estaba impelido a buscar apoyo: Pollo es su sobrino. El Güero era su segunda (y última) opción para completar la tercia que pudiese atender a la multitud que esa noche llegaría a su negocio.

---

a) Primer enigma: ¿Por qué hay una "Primera parte" sin un motivo aparente?

b) Enigma segundo: ¿*La cosa misma* del planteamiento husserliano?

c) Tercero: ¿Fue algo planeado en contubernio para, de una vez por todas, estropearle la vida?

No se bañó, no importa, casi nunca lo hace. No desayunó, eso sí fue novedad, sólo se humedeció el rostro y salió de inmediato, tan rápido que ni siquiera les dio los buenos días a su esposa e hijo, quienes en el comedor consumían alimentos. "¡Pendejos!, ¡pinches idiotas!", vociferó mientras salía de casa.

La poderosa, su deteriorada motoneta, sufría cada que le veía venir y no era para menos pues los más de cien kilos de la rebosante silueta de su amo intimidaban a cualquiera que pretendiese llevarle a cuestas. Sus patas flacas y la protuberante panza ceñida por la faja médica partieron quemando llanta.

Angustia por delante, tocó la primera puerta. El Güero dijo que sí trabajaría por la noche. Con una sonrisa cuasimaquiavélica en el rostro, el Gallo se dirigió hacia la vivienda del Pollo. Éste traía una cruda mortal pues la noche anterior festejó el cumpleaños de su novia y bebió de más pero sin problema accedió ante la propuesta de su tío. El equipo estaba completo, no como se desearía pero eso era mejor que trabajar solo o, peor aún, no abrir el negocio. En veinte años de servicio el Gallo sólo se había visto obligado a cerrar su taquería la semana pasada, ello debido a la operación de una hernia. "Vacaciones para qué, ¡a descansar los difuntos en el camposanto y para siempre!", es su lema predilecto y así lo vive cada día, todos los días.

Gallo precavido vale por dos y el tener los insumos en casa es de gran valía cuando tus manos izquierda y derecha te dejan solo de la noche a la mañana. En mascullar preguntas se le fue el resto del día. "¿Por qué?, ¿por qué?, ¡por qué jijos de la chingada me dejan solo justo cuando necesito ayuda! En cualquier otro momento me hubiera valido pura chingada pero, ¿por qué ahora?, ¿por qué cuando estoy convaleciente?", se lamentaba pegándole a la mesa de las salsas y pateando un bote con basura (se los dije, se levantó encabronado pues en la madrugada, al cerrar el puesto, fue cuando sus dos familiares-empleados le dieron la fatal noticia).

Los *pinches*[d] nuevos no eran tan nuevos en el menester taquero pues eventualmente le habían ayudado en el puesto, ya sea por el vacacionar (sin goce de sueldo) o por enfermedad de algún miembro del equipo, o bien, de los dos. El detalle era el atole que a los *pinches* nuevos les circulaba por las venas. Luego luego se le ve la zanca al Pollo y la de éste era más aletargada que la de un oso en plena hibernación; del Güero no se podía mencionar una lisonja: estaban cortados por la misma tijera.

"¡Qué chinguen a su madre!", gritó el Gallo en franca alusión a su mujer y el Guty. Pensaba en sacar la casta, demostrar su garra y anteponer el orgullo. No todo estaba mal, en el fondo reconocía que algo le reconfortaba y ello era el no tener durante la jornada laboral a su esposa por un lado pues ya el hecho de compartir la cama[e] era suficiente martirio. El Guty se cocía aparte, el Gallo no tenía nada en contra de su persona e incluso en algunos momentos lo trataba bien, sin gritarle ni mentarle su madre, demostrando con ello el amor que le tenía a su primogénito y único hijo.

El día literalmente se le esfumó. En un abrir y cerrar de ojos la puerta que recibía un llamado era la suya. Los *pinches* nuevos habían llegado. "Prepárense las salsas, piquen la verdura, ¡no se rasquen los huevos cabrones!, al menos no frente a la gente; hagan el agua de horchata, vayan por las tortillas, partan limones, la sal, la carne...".[f]

---

d) ¿Significado de ayudante o vilipendio?

e) ¿Por qué y para qué soportar la convivencia con un tipo gordo, sucio, mal educado, pedorro y roncador que le odia en demasía? ¿Esto es para darle un nudo más al relato o en verdad hay alguna virtud que el narrador desconoce al respecto del personaje principal? He aquí nuestro quinto enigma.

f) ¿De qué son los tacos que ahí se venden? "Cabeza, Tripa, Bistek (así, con 'k'), Chorizo, Adobada y Combinados $3", es lo que anuncia una mugrosa cartulina mas ¿en verdad puede ser costeado un taco bien servido cuando se vende a tres pesos? (Nótese que esto podría ser el séptimo enigma [el bajo precio de los tacos] pero como se deriva del mismo insumo [la carne] lo viviremos como uno: el sexto.) Existen los tacos al pastor de $1.5 y de $2 pero ambos son una minúscula tortilla en cuya superficie se alojan unas rebanaditas de carne apenas visibles, incluso para las papilas gustativas; los tacos del Gallo son dos tortillas que no alcanzan a dar alojamiento a tanta carne, ésta se desborda, pero basta con un leve vistazo a "la carne" (así, entre comillas) que se brinda en la Taquería Gascón para dudar seriamente de su origen. Los de cabeza parecen un puñado de harina remojada y la revoltura de lo demás (tripa, chorizo, etc.) se mueve como si aún tuviese vida, tal parece que los cuchillazos asestados al comal donde "la carne" se

Comales listos, primeros clientes. A la taquería llega todo tipo de gente: familias completas, estudiantes, albañiles, taxistas con licenciatura, licenciados sin empleo, médicos, dealers, narcos, merolicos, darkis e incluso uno que otro junior extremo se da sus rondines por el sitio. El por qué llega tanta gente no es un misterio pues, aparte de la bondadosa cantidad de cebolla asada y el refill sin costo para el agua de sabor, la gente reconoce que el Gallo tiene un excelente sazón.

Ajenos a la cotidiana escena, los gobernantes de tres entidades federativas desconocen que en Morelia, cerca de Ciudad Universitaria, hay un taquero que noche a noche les alimenta a los coterráneos que duermen fuera de casa. Con cinco tacos en el estómago las cosas cambian: se puede dormir tranquilo; quizá una sesión de onanismo con dedicatoria especial para las estereotipadas bellezas de la pantalla chica; quizá un poco de estudio universitario; quizá ver las maniatadas noticias, una telenovela o, por qué no, en el más atinado de los casos: algo de lectura poética.[g]

***

Aquella noche le fue de maravilla al Gallo y a sus *pinches* nuevos, tanto que ahora los tres son el equipo anhelado y para nada se extraña al Guty ni a la esposa (y quizá tampoco ellos extrañan el trabajo).[h] Así las cosas.

---

encuentra no fuesen para acabar de partirla sino para terminar de matar a *eso* que aún respira (chivo con colmillos, vaca que relincha, bisteces maulladores, tripas con cuajo o lo que sea que ahí se vende).

g) Penúltimo enigma: ¿Por qué no se ha organizado una comisión estudiantil que gestione fondos para elaborar e instaurar al menos un busto en bronce como homenaje a tan ilustre personaje?

h) Eso jamás lo sabremos.

Cuestión de fe

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá.

Mateo 7:7

Pon tu delicia en el Señor, y Él te dará las peticiones de tu corazón.

Salmos 37:4

"¡Vas a tres cuadras recabrón! ¡No te lleves la bicicleta de tu hermano!", fueron los gritos sentenciales de doña Ana lanzados desde la cocina, mismos que Filish ignoró en la puerta de la casa al ir por las tortillas. La madre tenía razón pues sólo tres calles en línea recta separaban vivienda y establecimiento, aunque en sentido estricto, en realidad eran dos y media; en contraparte, Filish también estaba en lo correcto al desear hacer el mandado montado en la bici, no por eficiencia en cuanto a la rapidez del cumplimiento de la encomienda ni tampoco por evitar el posible cansancio, su verdadero trasfondo era el lúdico placer infantil implicado en la acción. (No es lo mismo ir a pie que sobre la bicicleta de velocidades con marco y rines de aluminio, frenos de disco y asiento acojinado.) Jugando recorrería una cuadra sin sentirlo; así fue.

Salió de casa y al iniciar su recorrido de inmediato sintió la caricia del viento en su rostro. Se imaginó montado en un pegaso y en éste transitó unos metros, acto seguido su mente prefirió mutar al caballo alado en un dragón verde. Voló, literalmente voló por encima de los tres topes ubicados frente a la escuela en la cual cursaba su sexto año de primaria; con cada pedalazo imprimía mayor velocidad pues las leyes de la física correspondientes al movimiento mecánico estaban presentes; no lo sabía, lo experimentaba. No se percató que pasó frente a la iglesia de la colonia ni vio siquiera a los callejeros comensales ubicados al costado de la misma pues cada

rayo que unía el aro giratorio era una oriental escama del mítico animal sobre el que un niño dirigía a su antojo su destino. Serpenteaba de lado a lado yendo de banqueta a banqueta para luego visualizar un desplazo hacia un lago, una montaña o una estrella.

Llegó, ¡llegó a la tortillería! La esquina de Cerritos y Sexta le daba la bienvenida. ¡Carajo! Ni tiempo le dio para demostrar su perfecto equilibrio y avanzar un tramo sin manos. "Ahorita le daré una vuelta a la manzana", pensó al no encontrar gente haciendo fila para comprar las tortillas; afuera sólo estaba don Balta con su descarapelado carrito de raspados así que Filish identificó tiempo de sobra antes de volver a casa.

Era un domingo, temprano, justo a la hora del almuerzo. En casa esperaban sus hermanos (tres varones y una mujer), su papá, doña Ana, huevos revueltos con jamón, frijoles refritos, queso añejo, chiles en vinagre y té de hoja de naranjo; dichas imágenes se encontraban ausentes en la cabeza del niño dado el inherente ruido emanado de la rotación de engranes, cadenas y mallas de acero transportadoras de tortillas recién hechas; sin importar lo anterior, un embelesador sonido endulzó el oído del aún infante: el néctar musical de los videojuegos.

Justo frente a él, en la calle Sexta, a unos cuantos pasos se avizoró el paraíso terrenal en donde el único precio para acceder al mismo es la inserción de una moneda en la ranura del videojuego deseado; no había niños jugando, en el glorioso recinto le aguardaban las maquinitas encendidas sólo para él.

En la tortillería, uno a uno, cada ardiente disco de maíz se despedía de la malla para deslizarse por la cromada resbaladilla y con ello dar por terminado su proceso de elaboración. Filish ignoró el habitual suceso pues el hormigueo en las palmas de las manos comenzaba a susurrarle artimañas a su cerebro. "Puedo jugar una sola vez y al llegar a casa le diré a mi mamá que esa moneda se me perdió en el camino", murmuró y con ello una autómata sonrisa se le instaló en el rostro. Se supo afortunado al tomar la bici, no encontrar gente ni en la tortillería ni en las maquinitas y, por si fuera poco, ser tan inteligente.

Elucubrado el plan maestro no restaba sino llevarlo a la práctica. Cruzó la calle y acomodó la bicicleta de su hermano mayor ato-

rándola con el pedal en la banqueta; se introdujo en el rectangular negocio, al fondo de éste se encontraba sentada en su mecedora de bejuco la malhumorada anciana que lo atendía; Filish se dirigió a la tercer máquina de su lado derecho, la admiró y se sintió dichoso por no estar obligado a utilizar el Nintendo de casa, estaba harto de plomeros, dragones, princesas y de estar supeditado a compartir el tiempo de juego con sus inexpertos hermanos: la felicidad era plena. Puso en el suelo la bolsa de plástico que contenía las tortillas, insertó la moneda y comenzó su juego predilecto: Street Fighter II. Eligió a Ryu, un peleador japonés. Con habilidad ejecutó comandos y secuencias entre palanca y seis redondos botones, con ello logró feroces embates: patadas fulminantes, furiosos uppercut con la mano derecha y demoledoras esferas de energía minarían la vitalidad de sus adversarios.

Su primer oponente fue cosa fácil, el segundo también, así que para el tercero el pequeño veía su sonrisa reflejada en el cristal del monitor; no era para menos, ahora corroboraba que rendían fruto los consejos de Gus Rodríguez en Nintendomanía, su programa sabatino de orientación para videogamers.

"¡A huevo!", decía para sí mismo porque si lo externaba era seguro que la encargada del negocio llegaría molesta y apagaría la máquina pues no estaba dispuesta a permitir el uso de palabrotas en su establecimiento. El pequeño se alistó para el tercer combate y un avión intercontinental lo llevó de La India a Estados Unidos, por lo tanto, ahora su oponente era Guile, un rubio teniente coronel de la Fuerza Aérea. La pelea fue encarnizada, Ryu perdió el primer round. "Voy a ponerme más chingón", pensó y le funcionó, ahora las cosas estaban parejas y el tercer episodio definiría al vencedor. Movimientos frenéticos, fuerza desmedida, mal uso del aparato y un sonoro "¡Chingas a tu madre perro!" marcó la derrota japonesa ante una feroz patada voladora del teniente. Doña Gumer se puso de pie y encolerizada se dirigió hacia el niño para castigarlo al desconectar la máquina pero se dio cuenta que el juego había terminado y por ende no apagó el aparato mas enérgica le amenazó con no dejarlo entrar de nueva cuenta a su negocio.

La imagen emanada del monitor era la de un peleador maltrecho y un enorme reloj rojo en cuenta regresiva que indicaba los diez

veloces segundos límites para decidir si se continúa el juego a manera de revancha (y con la oportunidad de cambiar de luchador), o bien, se deja por la paz para iniciar una pugna desde el inicio. Filish deseaba continuar, sentía la adrenalina en su interior, le sudaban las palmas de las manos pues sabía que en esta ocasión sí podría llegar más lejos al vencer a sus rivales; sin importar los problemas económico-maternos se decidió y pidió permiso para depositar otra moneda mas la dueña no lo permitió y con gritos y manoteos le exigió que abandonara el lugar. Al videogamer no le quedó otra opción sino tomar del piso la bolsa con su producto para retirarse y sólo hasta entonces percatarse de algo: la bicicleta no estaba en su sitio.

Desesperado comenzó a preguntar si alguien la había visto, si la habían escondido, si querían reírse de él, si... "Sí, yo vi cuando un infame se la llevó", contestó don Balta mientras preparaba un raspado de tamarindo; las palabras le helaron el alma y le situaron en la realidad de la pérdida. ¿Qué hacer? ¡Qué hacer si por menos que eso (perder en su totalidad el dinero de algún mandado, por ejemplo) su mamá le propinaría una golpiza digna de cadena perpetua por maltrato infantil! Estaba aterrado. El llegar sin la bicicleta sólo auguraba una cosa segura: la muerte en manos de su propia madre. Sabía que su papá sólo le diría algunas groserías en voz alta mas no lo golpearía y, por mucho, el hermano-dueño de la bici dejaría de hablarle unos cuantos meses, pero doña Ana era otra cosa, tenía un perfecto historial de agresión hacia sus hijos: la sangre caliente de una apatzinguense en contubernio con los irresueltos problemas gestados con el ciego de su marido eran desahogados con cualquiera de sus hijos.

Enfilado sobre la calle Cerritos, Filish caminó rumbo a su casa con la bolsa de plástico anudada entre los dedos al tiempo que maquilaba una salida viable a tamaño problema; no podía desaparecer, tampoco podía tardar más tiempo del ya consumido y mucho menos deseaba llegar para recibir el inminente castigo. Todo pasaba por la mente del infante cuando detuvo sus pasos y la vio frente a él: la iglesia que minutos antes pasó sin reparar en ella. No lo dudó ni un instante, abrió la puerta y accedió velozmente: para su fortuna la encontró sola pues se esperaba la hora para oficiar misa, mejor para él porque en este preciso momento necesitaba comunicación

directa con el Hacedor o cualquiera de su corte celestial que pudiera brindar una solución inmediata a su descomunal problema.

Fue hasta la parte frontal y se puso delante de la primera fila de bancas. Se hincó en el piso, unió las manos, cerró los ojos e inclinó la frente hacia abajo. Conocía a la perfección el modus operandi: para pedir hay que ofrecer. Entre la multiplicidad de cosas que prometió hacer a cambio del milagrito figuraban no tomar cosas que no eran suyas, hacer todas sus tareas, no copiar en los exámenes, no hacer trampa al jugar a las canicas, no ponerle más apodos a su hermana, no eructar a la hora de consumir alimentos, no darle más coscorrones a sus hermanos menores y no... no sabía qué más ofertar. Pidió con fe, con absoluta fe, con la fe de un soldado quien se sabe próximo al cadalso y aún desea seguir tomado de la mano de la vida. No se le vio así cuando se extravió en un desfile y varias horas después fue encontrado por su familia, mucho menos cuando se fracturó la muñeca y lo llevaron a la Cruz Roja pues sabía que ambas cosas tendrían solución, pero esta ocasión era diferente: por vez primera pedía con devoción y si había una oportunidad para probar la existencia de una divinidad era ahora o nunca.

Cesaron las súplicas, dejó de convertirse en oferente, se persignó, se puso de pie y se dirigió a la puerta. Caminó lento, temblaba mientras contaba los pasos, tenía miedo de no encontrar la bicicleta, de que Dios le fallara, pero entonces ¿qué había de los sermones del padre Citripio en el púlpito cuando hablaba de fe ciega y pedir con verdadera devoción para estar seguros de obtener lo pedido?, ¿qué había de esas citas bíblicas con los versículos del libro de Mateo y los Salmos donde se aseguraba que al pedir de corazón el Señor otorgaría el pedimento?; además, en las clases de catecismo Etelvina le había mostrado las imágenes de los milagros que el hijo de Dios había hecho en su paso por la Tierra e incluso le puso la película de *Los diez mandamientos,* ahí vio cuando el mar se abrió por mandato divino para salvar a la gente sin importar que hubiese pecado con antelación, ¿acaso Filish no necesitaba ser salvado por gracia divina justo en este instante?

Antes de asomarse a la calle tuvo un ligero presentimiento, detuvo su lento andar, pensó si Dios y compañía realmente lo habían escuchado o se encontraban ocupados con eso de la Guerra del Gol-

fo Pérsico y la mencionada Operación Tormenta del Desierto; por si las dudas, tomó un poco de agua bendita de la pileta bautismal, se persignó con ella y regresó a ponerse de rodillas justo en el centro del pasillo para hacer de nuevo la petición en turno. Su acelerado corazón y sus vidriosos ojos volteaban desesperados hacia las imágenes circundantes buscando un poco de misericordia en la mirada de los santos.

No había más por hacer sino salir y enfrentar la realidad. ¿Sería que la bicicleta ya estaba sobre la banqueta esperando que él la tomara para risueñamente volver a casa y confiar el milagro a sus hermanos y amigos? ¿La divinidad le daría una oportunidad para no recibir el brutal castigo por parte de su madre?

Las tortillas cayeron al piso. Filish las soltó sin sentirlo al ver una calle vacía. Sus ojos se humedecieron en abundancia mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo: el suplicio apenas daría comienzo. El mensaje fue claro, Dios no cuida bicicletas ajenas, al menos no los domingos.

Snap-on

"Mi única herencia será el Snap-on", dijo secamente don Virutas segundos antes de besar a su amada (cerveza) en turno. Sus hijos se quedaron serios, un raro hálito envolvió el ambiente. El día del padre era el motivo de la tertulia y nada parecía más fuera de tono que aquel comentario, total, tener cincuenta y cinco años no parecía un móvil para pensar en la muerte.

Las nueras hicieron oídos sordos y prefirieron comenzar con los preparativos de la carne asada. El clima era favorable y poco a poco más familias se daban cita en el balneario Los Chupirules (Mortales). Don Virutas se notaba cansado, incluso un poco triste, ¿era broma o en serio su comentario?, ¿qué había tras esas palabras tan inoportunas?

El Snap-on es un martillo para asentar lámina automotriz. Su cabeza de acero está conformada por dos rostros: uno con un pico y otro con una pequeña plancha circular. Al ser don Virutas un hojalatero de corazón, lo significativo del legado no residía en que se hablaba de una herramienta "de marca", lo peculiar del asunto era que justo con ese martillo se inició en los senderos de la hojalatería, oficio cuyo membrete oficial es: Técnico especialista en carrocerías.

El joven Miguel (lo de don Virutas surgió como apodo en su etapa laboral) rondaba los quince años. Dejó de ir a la secundaria un año antes debido a las insaciables ganas de no hacer nada. Lo cierto es que con tanto tiempo libre, la ociosidad y sus amigos (los alcohólicos empedernidos y futuros miembros del Escuadrón de la muerte) le invitaron sus primeras borracheras. A su padre no le hacía mucha gracia la idea en donde el más pequeño de sus once hijos se convertía en un hombre sin oficio ni beneficio. "Si aún viviera, Carmen no me lo perdonaría", se repetía Margarito con evidente angustia; para él la disciplina era un bastión primordial en la vida de todo ser humano, muestra de ello era su dedicación a la milicia y la orientación para que sus tres hijos mayores (Refugio, Filemón y Arturo) se enlistaran en el ejército. Fue por eso que cierta mañana de un lunes tomó a su hijo menor y sin más lo llevó al taller de su compadre Apolonio: "Te

lo dejo para que aprenda el oficio y a cambio te voy a pagar por cada semana de enseñanza". En efecto, la propuesta no era que Miguel recibiera pago por su trabajo, al contrario, su padre estaba decidido a pagar en espera que su hijo aprendiera un oficio a través del cual sobreviviera durante el resto de su vida; de esta manera, a partir de ese momento el Autoservicio Ruvalcaba contaba con un ayudante cortesía de Margarito y su preocupación por enderezar el sendero de su hijo.

Todo lo planearon pensando evitar los problemas que siempre se suscitan para poner en su punto el carbón, pero el plan falló pues nadie llevó ocote; para fortuna de todos estaba presente la tía Chepa (una de las tres hermanas mayores de don Virutas) y su evidente experiencia en los quehaceres culinarios. Tomó unas servilletas y luego tomó una cerveza que estaba descuidada en una mesa junto al asador, acto seguido bebió de la cerveza y luego volvió a beber de ella, era mediodía y el calor era sofocante, incluso a la sombra del fresno en donde se encontraban; en un segundo momento humedeció las servilletas con aceite de girasol, las acomodó en un recodo elaborado entre las piezas de carbón y luego encendió fuego al papel hidratado para, sin mayor esfuerzo, iniciar una prolongada ignición y con eso llevarse los aplausos de sus familiares presentes más la cerveza en mención.

Muy pronto el joven Miguel descubriría que no solamente su vida sería enderezada sino también una infinidad de láminas de todos tamaños y colores. Rápidamente se percató de lo fácil y maravilloso que le resultaba devolver su forma a la forma misma. Sus manos parecían tener iniciativa propia cuando de reparar se trataba: no golpeaban al metal, le hacían caricias pues violentado llegaba a ellas. En breve calibró la presión exacta de oxígeno y acetileno para crear una flama cuya intensidad fuese la adecuada para calentar el rostro de las piezas automotrices sin llegar a perforarlo. El maquillaje de salpicaderas, puertas, costados, toldos y cofres era desvanecido por el tacto siempre mesurado de la flama. A las piezas eso les causaba cosquillas al grado de hacerlas enrojecer en un punto naranja incandescente, ahí era el momento justo para asentar lámina y restituirle

su forma, ahí era el momento justo donde se necesitaba una herramienta de alta calidad y no el martillo con cabeza de fierro colado que Apolonio había comprado en un vil puesto del mercado.

El chalán estaba contento con su nueva ocupación al grado de tomarle aprecio a la decisión paterna que hubo en contra de su voluntad. En ningún momento hizo mala cara, al contrario, veía maravillado cómo se mezclaba, aplicaba, catalizaba y lijaba la pasta resanadora que cubría detalles milimétricos en la superficie de cualquier lámina. Meticuloso como era, prefirió aprender a usar el arco y la lima para reparar dichas fallas, lo cual implicaba un trabajo más arduo pero aseguraba la máxima calidad posible. Al contacto con el filo de la lima, las autopartes le regalaban *virutas* de metal, luego Miguel tocaba la pieza con parsimonia para sentir hendiduras imperceptibles al ojo humano (pero no a su desarrollada y recién descubierta kinestesia) y así poder ubicar el sitio exacto en donde habitaba la falla; justo ahí secundaban leves "piquetes" (desde la parte interna de la pieza) con el desarmador de punta empujado por el martillo para "botar" la sumida y nuevamente limar las imperfecciones hasta erradicarlas de la pieza. (Como siempre optaba por dicho método de reparación, es fácil imaginar que se ganó su mote de adulto a pulso.)

La primera semana fue crucial en el taller y el día sábado Margarito llegó a las dos de la tarde para cumplir su promesa: pagar por la enseñanza de su hijo. Su compadre le hizo notar lo innecesario del acto e incluso se ofreció a contratar y pagar un salario adecuado debido al notable desempeño del Pitirijas, bautizo patrocinado por el pintor del taller dada la escuálida presencia de Miguel. El militar sonrió satisfactoriamente, había acertado al llevar ahí a su hijo y también había acertado al llegar ahí por su hijo pues Apolonio organizó carne asada para darle la bienvenida al nuevo integrante del Autoservicio Ruvalcaba.

"¡Los chorizos y bisteces ya están listos! ¡Pásenme tortillas para que empiecen a comer los niños!", gritó la tía Chepa en el balneario mientras se contoneaba al ritmo de una cumbia que desde el sonido local amenizaba el entorno.

De las viejas encueradas no valía la pena ocuparse pues reposaban estáticas sobre el papel couché brillante de los calendarios que conformaban la sacrosanta ornamentación del taller, lo importante era ocuparse en conseguir un buen martillo y, mejor aún, que fuera propio.

“En abonos hasta la catedral”, señaló el Pitirijas en la segunda semana al pactar la compra del anhelado instrumento: su martillo de asentar marca Snap-on. Junto a éste compró, en abonos también, una pequeña caja roja para guardar herramienta pues todo era muy claro: no habría otro trabajo mejor en el mundo para su persona.

Después de dicha semana su vida transcurrió en un santiamén. Se casó, tuvo un taller propio, hijos propios, un auto propio y un largo etcétera también propio. Un día decidió cerrar su taller e irse a los Estados Unidos en busca del american dream pero lo único encontrado fue una “fichada” obsequio de la migra fronteriza en donde jurídicamente le advertían respecto a su negro expediente; en esta ocasión podía regresar a México pero en una nueva y terca incidencia por cruzar “al gabacho” lo dejarían encerrado algún tiempo en la penitenciaría más cercana.

Volvió a su natal ciudad, la capital de Michoacán, para trabajar y emborracharse aquí, allá y más allá. De esa manera vio crecer a sus hijos y luego a los nietos y luego se alejó de su esposa y se consiguió otra para tener otro hijo, otra familia, otra vida.

Estaba callado, absorto. Veía su presente mientras olfateaba el toqueteo intermitente de las nubes: no era la primera vez que sucedía. Estar en una reunión sin estar, vivir una experiencia sin hacerlo, saltar al precipicio sin moverse del lugar. Su memoria estaba saturada de ausencias: padres, hermanos y amigos que se le adelantaron en el viaje hacia la eternidad. Nunca sabía con exactitud qué le sucedía. Se vivía como el Zaratustra: *un pozo profundo que tarda demasiado tiempo en saber qué cayó en su interior*. Su visión se nublaba y el horizonte parecía más lejano ante el permanente reflujo de ideas.

“Hágase para este lado suegrito, ¿le servimos en un plato? Trajimos cebollitas cambray, frijoles charros y ya están listos los chiles perones rellenos con queso, o ¿necesita una canción especial para pedírsela al DJ?”, le dijeron las nueras para tratar de suspender su evidente som-

nolencia. "Es en serio, sólo recibirán el Snap-on, no tengo nada más para darles", volvió a comentar pero esta vez con cierto grado de sorna, rompiendo su propio letargo con esa sonrisa característica de haber "entrado en ambiente". Ya traía cinco cervezas entre pecho-espalda y con eso bastaba para encarnar a otra persona; de inmediato inició un sondeo para de una vez por todas hacer oficial la herencia.

Cinco hijos, cinco opciones. "¡De grande a chico, de grande a chico!", decían agitados los nietos pues pasaban sus treinta minutos reglamentarios de estaticidad entre la comida y la reinserción a la alberca por aquello de no salir con la boca chueca. "¿Será para el Poeta?", preguntó don Virutas. "¡Nooo!", gritaron en coro las nueras y el yerno. "¿Para qué le serviría?, ni modo que vaya a dedicarle un poema al martillo", dijeron y sonaron carcajadas por doquier. Las voces tenían razón pues aunque al Poeta le hubiese interesado el Snap-on debido a la historicidad afectiva depositada en éste, reconocía que era otro hermano el real y único encargado de poseerlo: el hijo mayor se conforma con recitarle poesía a todas las luciérnagas que a su paso encuentra.

El Gómez guarda silencio. Todos lo saben, se trata del único hijo que siguió el oficio del padre, luego entonces, por antonomasia parece el indicado. Domina el oficio no debido a los avances tecnológicos en herramientas ni en materiales sintéticos denominados "amables con el ambiente", es maestro por su gran creatividad y esmerada dedicación para otorgar el tiempo necesario en cada trabajo sin importar la remuneración económica, anteponiendo siempre la satisfacción personal por haber resuelto el enigma de la colisión entre cuerpos. "¡Háganle como quieran!", dijo al sacar un fajo de modestia de su bolsillo.

Toby, conocido como Elvis Tecero, también se desmarca del asunto. Se ubica siempre montado en una motocross y aunque tiene un taller mecánico para *motos*, gente con estudios universitarios y público en general, prefiere que sea el Gómez quien se quede con la herencia.

Neyvia, la única mujer, sí está interesada en salvar todas las almas que pueda y alejarlas del camino maligno y pedregoso que transitan quienes en el pecado viven. A ella le interesa el Snap-on pues desea continuar con la colección del acervo familiar: es la úni-

ca que conserva fotografías impresas de toda la familia, a cualquier edad, en todos los cumpleaños, con todos los familiares.

Rigo es la pura finanza y por eso aprovecha el momento para twittear una oferta de pantalla plana led de cuarenta y dos pulgadas con Blu-ray de obsequio a veinticuatro meses sin intereses; además, se encuentra muy atento a los inbox de clientes que tiene en su página de ventas en Facebook que a lo ahí acontecido: también sabe quién merece el martillo.

"¿Y a mi abuelita no se lo regalarías?", preguntó inocente Rodrigo, el mayor de los nietos, a lo cual siguió un incómodo silencio. (A esas horas la ex esposa estaba en otra alberca y cariñosamente atendía a sus hijos putativos: el Ojos, el Chilango, el Elote y el Paisa.)

"¡Gómez! ¡Pásame una cerveza y te quedas con el martillo!", reviró el de los cincuenta y cinco años para poner punto final a todo el asunto. El caso cerraba con una petición nada fuera de lo normal, un trueque; no obstante, algo había cambiado: una insistente sonrisa se instalaba en el rostro de don Virutas. Lo supo todo el día, todo el tiempo: desde hace años perdió el Snap-on original, sí, el que compró en abonos se le olvidó adentro de un auto que había reparado en el Autoservicio Ruvalcaba. El martillo que en vida heredaba era una réplica que compró en un vil puesto del mercado.

Retador del peligro

El zumbidito lo tenía harto. Cuatro veinte de la mañana y ese mosquito dando vueltas por toda la habitación. Era uno y parecían mil. Por la noche, cuando el corrector de estilo depuraba una de esas tesis donde dan ganas de llorar, se reprochaba: "Bien me lo decía mi madre, ¡estudia!, ¡titúlate!, pero no, ahí anda uno contemplando los días, semanas y años para después percatarse que el tiempo ha pasado y los textos de psicología social se impregnaron con el polvo del abandono".

Recordó que cuando trataba de entender lo que a su vez el escriba supuso que entendió de los libros y páginas de internet que citó en su investigación sin poner la referencia adecuada: lo vio. No lo escuchó, lo vio. Se golpeaba reiteradas veces en el techo como tratando de horadarlo para llegar a las estrellas. "¡Pendejo!", pensó mas el pendejo era otro y no me refiero al susodicho cuyo rosario de párrafos incoherentes lo tenía cerca del colapso. No, el pendejo era él porque ese era el instante adecuado para ir a la tienda y pedirle a Meche una plaquita repelente de mosquitos. Una plaquita, una, una hubiera bastado para evitar el suplicio nocturno, pero decidió no ir a la tienda y helo aquí, encabronado y sin dormir.

Al no tener un ventilador en casa cuya inagotable ráfaga de aire alejara al mosquito, cubrirse con la cobija no era suficiente, el zumbido estaba sobre él. Los manotazos, sacudidas y almohadazos sólo conseguían elevar su molestia. Súbitamente encendía la luz (para quienes no conocen su habitación, el apagador se encuentra justo encima de la cabecera de su cama): deseaba verlo y asestarle el golpe definitivo mas en ese momento no aparecía. Sabía que ahí estaba, en algún resquicio, riéndose de él, de su total desesperación.

La imagen del burlón mosquito le molestó al grado de preferir relajarse y pensar que en cualquier momento el cansancio haría su trabajo, se quedaría dormido y el díptero aprovecharía para deleitarse con un banquete Type O Negative cortesía del corrector y su evidente desabastecimiento de plaquitas ahuyentadoras de bichos voladores: no fue así, el sueño no llegó y el mosquito tampoco se marchó.

En un intento desesperado para que los ruidos cesaran, el pasante de psicología social deliberadamente dejó su brazo derecho al descubierto como invitación al pinchazo saciador. "¡Hártate y vete!", pensó. Rápidamente hubo respuesta a su acción pero no fue la que esperaba. Sintió cuando el mosquito se posó en su antebrazo y dio dos pasitos (quizá tres); todo estaba listo para sentir el ínfimo dolor pero no pasaba nada, ¡ahí estaba el mosquito y no lo pinchaba! Lo retaba, eso hacía, lo retaba a que no podía poner fin a su existencia. "Tantas revisiones de tesis plagiadas me están dañando", dijo sin poder dar crédito a lo que sucedía.

El corrector ya no sentía-sabía si el intruso seguía sobre su antebrazo así que hizo un movimiento cuasimilimétrico para corroborar la situación. "Aquí sigo", respondió el insecto alado cuando dio un pasito (quizá dos) para manifestarse. "¡Ah cabrón!", exclamó mientras el mosquito se mantenía sosegado. El reto era oficial: el mosco no buscaba alimento, deseaba adrenalina pura.

¿Sería la mano más rápida que las alas? La oscuridad daba somera ventaja al ser alado. Sólo se oían las respiraciones de ambos aunadas a las de varios grillos espectadores cobijados con las sombras. El pequeño se sabía nervioso, sudaba, estaba alerta para no salir en falso como sucede en algunas competencias: pretendía ser ecuánime. Las alas estaban listas, la mano siniestra también; ésta lo pensó un momento y ¡zum!, la palma izquierda hizo contacto con la parte elegida del brazo derecho.

No se oía nada, ni la respiración, ni los grillos, ni el vuelo del insecto. "¡Lo maté! ¿Lo maté?". El corrector encendió la luz sin separar la palma de la superficie cutánea de su antebrazo, quería corroborar lo pensado y se sorprendió al no encontrar la masilla de lo que en vida hubiese sido su rival.

Macario Reloaded

Todos, de vista hacia el futuro,
pertenecemos al mapa de Comala.

Juan Manuel Roca

Dos de noviembre, día de muertos. En la Ciudad de la Cantera Iridiscente para Macario Reloaded esa noche no había sino trabajo, sólo eso: trabajo. Editar los textos ajenos para convertirlos en libros es su oficio y en ello se encontraba hasta que un insistente sonido se instaló en su hogar: música proveniente de la Plaza Mayor. Enfadado como estaba, decidió liberarse de responsabilidades y visitar el corazón de su terruño para ser partícipe de la verbena popular.

Un grupo versátil era la delicia de chicos y grandes. La gente se arremolinaba para bailar las canciones de antaño, de siempre. Pink Floyd, King Crimsom, Led Zeppelin y cualquier otro grupo de similitudes sonoras estuvo fuera del repertorio. Pirekua, cumbia, zapateado, danzón, norteño y anexas era lo que condimentaba el momento: el grupo en verdad era versátil.

Mujer con mujer, infante con infante, tercera edad con quinceañera y cualquier combinación posible le daba gusto al gusto en el bailongo. Demonios, diablitas sabrosonas, vampiros, gente accidentada, calaveras, duendes y cuanto adefesio del averno pueda uno imaginar estaba presente para sacarle lustro al piso. ¿Cómo darte tiempo para sentirte solo si estás rodeado de tanta vitalidad? (Paradoja: la muerte se encuentra en todas partes, en cualquier presentación, con diferentes facetas.)

En menos de lo que pensó, Macario Reloaded la tenía a su lado, otra vez. En esta ocasión no se trataba del varón que le pedía la mitad de aquel pavo que la mayoría recuerda, ahora era un rostro maquillado, párpados con kilométricas pestañas, lentejuelas en la

sonrisa y un marrón vestir victoriano. ¿Debía huir cuando ella lo había localizado? ¿Debía mirarle a los ojos y cuestionar lo evidente, preguntarle si era él a quien buscaba? ¿Debía tomarla súbitamente por la cintura y bailar una polka con ella? Respuesta correcta: opción tres.

A decir verdad, huesuda-huesuda, lo que se dice huesuda, no estaba, al menos no la versión que le tocó en esa velada. Se sentía carnosita y después de la polka se dio cuenta que no bailaba mal las rancheras ni las cumbias. ¿A qué sabría el pigmento de sus labios? ¿Cuál sería la tesitura de sus sexuales jadeos? Mejor no averiguarlo y poner pies en polvorosa pues su momento para morir aún no llegaba. En tres décadas Macario Reloaded había sobrevivido a una esposa, una pelea con Neptuno y por si fuera poco se había salvado del hermoso canto de dos sirenas; dado lo anterior, no pretendía terminar su historia por una vil calentura así que optó por asumir la tesitura de la flagrancia para sutilmente desaparecer del mortuorio mirar de su acompañante... y lo consiguió.

Un mico de anís le hizo una seña a Macario Reloaded y éste aprovechó para escurrirse hacia su casa, la suya, no la del mico. Llegó y se atrincheró. Suspiró tranquilo pues al menos por esta noche pudo danzar con la muerte y despedirse de ella sin sospechar que la lleva dentro de sí mismo ya que *sigue en su esqueleto, instalada de por vida*.

Esa película ya la vi

"¡Chingas a tu madre!", así le gritó. "¡Chingas a la tuya pendejo!", le respondieron. Y en efecto, los dos se fueron a chingar a su madre, eso sí, cada uno por su parte: comerciales. De inmediato aprovechaste para servirte refresco y preparar unas palomitas con extra queso y extra mantequilla (a tu edad eso del colesterol-triglicéridos te parece un tema muy lejano).

Comenzó el litigio. "¿Quién se quedará con la casa y el auto?", le preguntó la mujer al varón. "¡A mí eso me vale madres!", dijo éste ya muy encabronado. "¡Sólo me llevo mis libros, mis cuadros y mi pinche ropa!", escuchas desde la cocina y te parece un diálogo conocido mas el triple timbre del microondas te obliga a revirar tu atención sobre la botana recién hecha.

Te acomodas en el sillón de la sala que te regalaron Mario y Vane mientras sientes la sensación de vivir un vago recuerdo en el cual conoces la trama de la peli, ¿se tratará de un déjà vu o de plano ya la habías visto? Ríes. Tantos sparrings en el gimnasio terminarían por pasarle factura a tu cerebro. Regresa tu atención a la Tv.

Atrás quedó la buena vibra, las fotos derramando miel, recuerdos de noches-días-tardes apasionadas de pura pinche cogedera: todo se fue a la mierda. ¿En qué momento sucedió? ¿Cuándo entró la discordia en sus vidas? ¿Con qué actitudes comenzaron a separarse?, te preguntas y le pones salsa a las palomitas mientras recapacitas que eso de ver películas ya iniciadas no es onda pero te encanta.

"¿Habrá alguien más?", sospecha hasta de las sombras. Entonces le duele, le duele a lo cabrón al protagonista. Llora y le marca por teléfono para decirle que es un idiota y que su vida no tiene sentido si no es junto a ella. (Si la respuesta fuese negativa, lo cual suele suceder, este relato terminaría y por ende diríamos que se trató de un cortometraje mas el título es muy claro y dice "pe-lí-cu-la", así que resulta obvio que del otro lado de la línea la mamacita rubia también llora y le pide a su pareja que vaya a buscarla en chinga violenta.) Más comerciales.

***

Cogidón. Cogidón de película. En tu pinche vida te habías imaginado coger tan rico. Eso de tenerla, perderla, atormentarte al imaginarla retorciéndose de placer entregándose a otro (o a otra, la mente es bien culera) y luego percatarte que eres tú quien nuevamente humedece su ser, es lo máximo.

Armisticio. Las hostilidades cesan. Se te olvida que apenas unos días antes buscaste refugio afectivo entre las piernas de una lisa prostituta; te olvidas que el fin de semana pasado de pendeja-egocentrista no bajabas a tu pareja y que con tus familiares te jactabas de haberte librado de esa vieja mamona.

Remordimiento. Abrazas su desnudo cuerpo, le dices que la amas, ojo, no que "la quieres" sino que "la amas" y por eso sientes un alfiler en el corazón pues, aparte de pagar por sexo, éste vino de regalo con la amiguita de la uni que siempre te trajo ganas y a la que buscaste para corroborar tu desmadrado matrimonio. ¿Tu mujer habrá hecho lo mismo? Fue corto el lapso de la separación pero sabes que una fémina despechada es más cabrona que bonita. Te flagelas. Al otro día del cogidón devuelves tus pertenencias al departamento y los amigos en común les dicen que hacen bien al regresar: Pinches recuerdos.

***

En la trama poco a poco todo vuelve a ser como antes, lo cual está jodido porque "antes" de separarse todo estaba de la vil chingada. Te ríes (de nuevo). Este protagonista del televisor es un vivo reflejo de tu vida, ¿acaso el guionista del filme vivió con exactitud tu misma experiencia?

No la soporta(s), le (y te) caga su conversación, sus gustos; toda ella le (y te) caga y toda ella opina lo mismo de su (y tu) persona. Cogen por coger, si es que cogen. El protagonista y tú saben que serán la comidilla de varios pero no les importa; más vale aquí corrió que aquí murió. De nueva cuenta la mentadera de madres, el conseguir cajas de huevo y bolsas negras para empacar sus (y tus) ínfimas pertenencias: de nueva cuenta el adiós. Fin de la película, las palomitas y el refresco. Carcajadas: "Estoy bien güey, esa película ya la vi dos veces", te dices.

Lisa

*Has educado tu boca y tus manos, tus músculos y tu piel,
tus vísceras y tu alma. Sabes vestir y desvestirte, acostarte, moverte.
Eres precisa en el ritmo, exacta en el gemido, dócil a las maneras del amor.*

JAIME SABINES

ES MERETRIZ así que la puedes ver haciendo todo tipo de cosas: squirting, bondage, bukkake, orgía, lesbianismo, sadismo, masoquismo, sadomasoquismo... La puedes ver coger con un negro, dos negros, tres, cuatro, ¿cinco? Cinco negros a la vez penetrándole hasta el inconsciente. La puedes ver haciendo puñetas con las manos, tetas, nalgas, pies e incluso puede chaquetearla con los labios de la entrepierna; también la puedes ver mamando vergas, huevos, coños, culos o dejando que un perro dálmata la monte para meterle su animalesco miembro por ese maravilloso ano. La puedes ver cogiendo en todo tipo de escenarios: al aire libre, en una mansión, cancha de tenis, alberca (fuera y dentro del agua), playa, sauna, probador de ropa, jacuzzi, en una limusina en movimiento, en la ducha, sobre el lavabo, encima de un escritorio, en un sillón, en el suelo. La puedes ver fijamente a los ojos y después percatarte cómo se mete un dildo de plástico, metálico, liso (como su nombre), con textura (como la de sus gemidos que la incitan a cambiar de artefacto para ahora insertarse un aparato con baterías recargables que vibra y la hace vibrar hasta nublarle la vista). La puedes ver

en pleno goce cuando tranquila acaricia su clítoris y de inmediato la humedad toca la puerta de sus depilados labios: éstos siempre abren y permiten el acceso a todo aquello cuya manufactura (natural o premeditada) le confiera la rigidez necesaria para atravesar el umbral y, a fuerza de intermitencias, en la mojada oscuridad propicie el anhelado orgasmo. La puedes ver y en verdad no la ves ya que lo enlistado es lo que alcanza a percibir tu voyerista mirada pero en el fondo, muy en el fondo, Lisa tiene un gran sueño que desconoces pues a nadie cuenta por temor a la burla: desea casarse, tener hijos y con ello gestar una familia siempre lejos de esta mundanal experiencia.

Canonicemos a las putas.

Jaime Sabines

Mitologías verdaderas

Seguí el ejemplo de Sansón y me corté la cabellera. Cuando arribé al salón de belleza la estilista emitió un horroroso grito pues mis cabellos danzan cual serpientes. No la culpo, en realidad lo son, mas mis queridas y nunca bien ponderadas serpientillas pronto le tomaron confianza a Dalila: una a una cedieron ante las caricias de aquellas afiladas tijeras. Mi nuevo look es lo de hoy, me encuentro decapitado y con un narcoletrero clavado en el pecho: "Para que aprendan a respetar".

Teseo y su alternativo final

Ariadna me dejó un cordel para no perderme en la encrucijada mas de tanto pensar qué hacer con mi existencia lo extravié y de pronto me encontré de frente con el Minotauro. Ahí estuvimos: Él, Yo y mis otros Yo's, ¿para qué matarlo con ráfagas de versificaciones libres? Mejor compartimos la cena, charlamos y decidimos asociarnos para hacer de aquel laberinto un excelente negocio al convertirlo en un conjunto habitacional de interés social.

De ética y cosas peores

Don Palabras tomó su moral discurso, lo enrolló y delicadamente comenzó a cortarlo con los cubiertos para poco a poco introducirlo en su boca: la carne es débil y él no es Dios para perdonar a una hermosa joven menor de edad.

Lengua bífida

Un satélite (no conocido) recibe una llamada anónima: pacta una cita con la mentira. La ausencia de ésta en el lugar acordado genera incerteza, ¿es el amor una falacia? La relación del satélite y la muñeca (narcisista) no será la misma: la toxina discursiva resultó efectiva.

Re-nato

El viejo dragón sintió el pulsar de la vida. Desde que sus alas perdió, el viejo dragón experimentó el latir de los sonidos. (Inmerso en la niebla del olvido, ahora se sabe acompañado de sí mismo.) Desde que sus alas perdió, el joven dragón sólo deseó morir para sentirse vivo.

Bajo la lluvia

Libélula de cristal, te fragmentaste al volar sobre tus propios miedos: esquirlas de realidad ametrallaron tu caparazón inexistente. Con tus múltiples auras te aferraste al crisol del tiempo mientras el obturador (de un tercero) inmortalizó tu imagen besando la desnudez de este, tu primer y último domingo bajo la lluvia.

Los senderos del hermeneuta

Hemisferio derecho
(Significado de las palabras)

Todo, todo cuanto existe, todo lo que recuerdo, todo lo que mis más confusos pensamientos tocan, me parece ser algo. [...] Me parece entonces que mi cuerpo está hecho de meras cifras que todo me lo abren. O que podríamos acceder a una relación intuitiva con todo lo existente si empezásemos a pensar con el corazón.

Hugo von Hofmannsthal

Infinitivo

Vivir | Soñar | Elucubrar | Inventar | Dialogar | Besar | Reparar | Ganar
Volar | Mover | Cenar | Entretener | Coger | Otear | Hilvanar
Tocar | Dormir | Despertar | Envejecer | Morir | Renacer.

Infinitivo compuesto

Vivir las vidas que no te pertenecen. Soñar despierto. Elucubrar historias que jamás sucederán. Inventar un lenguaje. Dialogar con el vacío. Besar su sombra. Reparar los daños. Ganar un espacio en la posteridad. Volar hacia el pretérito (siempre imperfecto). Mover las cicatrices. Cenar dos recuerdos en el imperativo presente. Entretener a la muerte. Coger las riendas de tu vida. Otear el futuro. Hilvanar todos tus sueños. Tocar el corazón de una nube. Dormir en sus brazos. Despertar junto a ella. Envejecer lentamente. Morir acompañado de su rostro. Renacer en su sonrisa.

Otro día con más calma

Mensaje + Llamada = Cita en catedral + Espera de rigor = Mujer echando tiros ∴Valió la pena estar media hora esperando como pendejo + Plática buena vibra + Cena + Caminata (de noche) + Mariachi + Pleito callejero de terceros (alcoholizados) = Cambio de dirección = Bar hippie + Cerveza artesanal – Estrés + Charla in extenso + Carcajadas – Distancia entre los cuerpos = Me acompañas a mi casa = Por supuesto ∴ Caminata (de madrugada) + Tipos sospechosos + Soy boxeador, no te apures = Tranquilidad – Preocupaciones + Pasos = Morada de la chica = Ya se armó de mulas Petra (lujuria masculina) < Pensamiento femenino: es la primera vez que salimos, dirá que soy una... ∴ Llama más temprano y volvemos a salir = Solicitud telefónica de taxi = Despedida (momentánea).

Simbología

+	Más
–	Menos
=	Igual a
∴	Por lo tanto
<	Menor que

El Uno

uno a uno
los problemas se apilaron

El número Uno caminaba solo
El Uno solitario de la corbata color marrón

El número Uno caminaba solo. Sólo con su corbata marrón, iba desnudo. De prejuicios y tribulaciones le hablaba la gente. La misma que solamente sabía rendir pleitesía. La misma que utilizan las hienas para que no te percates de su paulatino y multiplicado incremento: TE PIENSAN COMER. Uno, ten cuidado con tu proyecto. De vida, de eso hablamos. De alimentarnos todos los días con mil sueños: por la mañana y por la noche. Se hace tarde: *lloroncita, guárdame las vacas.* Sagradas son y no se juntan con la plebe, NUNCA... Será un buen momento para que ABANDONES TUS PROYECTOS, jamás lo pienses. Ni de broma, jamás tomes en serio los millones de colmillos que te hacen correr. Corre Uno, corre. Deja atrás todos tus miedos, incluso el que le tienes a volar cuando llegas a la última orilla de la Tierra. Ahí te encuentras, en la tierra, rodeado de toda la rabia del Universo... De posibilidades, de eso te hablo, de lo que sabes: DESDE EL COMIENZO DE LOS DÍAS. LA LUZ SE GESTA EN TUS ENTRAÑAS. Sonríes. Extiendes tus alas...

uno a uno
los problemas se alejaron

El número Uno volaba solo
El Uno solitario de la corbata color marrón

Cápsula del tiempo

El contenido de este cuento será revelado dentro de cien años.

Cien años después

Un notario público dio fe y legalidad del acto al abrir la pequeña bóveda rodeado de múltiples medios de comunicación. Sacó el polvoriento sobre y se dispuso a darle apertura para saciar el multitudinario morbo al conocer, por fin, el contenido que un siglo antes una excéntrica escritora ahí depositara. La sorpresa fue mayúscula: se trataba de una hoja con tres puntos suspensivos. En ese momento se ordenó derribar la escultura de Augusto: una mujer le arrebataba el título de haber escrito el cuento más breve del mundo.

Mi baño ya no es el mismo

Mi baño ya no es el mismo, desde hace tiempo ha venido mutando. Primero era al aire libre, en contacto pleno con la naturaleza del universo. Luego sucedió algo, quizá fue porque "alguien" comenzó a ver lo que nunca debió ver en el pubis ajeno. La situación es que a partir de entonces me dijeron que mis necesidades debían ser desechadas en el cubículo donde las eses serían cubiertas. Hasta ese punto las cosas aún eran tolerables porque al acudir al sitio en mención podías sentarte en la oscuridad y sobre ella voltear para saberte una estrella más en la constelación Hiperión.

El no contar con regadera permite (hasta el momento) que las culpas sean expoliadas en el lavabo, siempre y cuando se utilice jabón neutro. Luego sucedió algo, quizá fue porque "alguien" convenció a una familia entera y decidió por ella para decir que el techo debía ser tapado para resguardar al que ahí acudiera. ¿Por qué nadie me preguntó acerca de mis verdaderos deseos?

Nunca entiendo nada porque en la penumbra el erotismo aflora: los cuerpos se reconocen, se tocan a hurtadillas para erectar la pasión. El contacto de labios fluye, son ventosas que se adhieren a la vida de quienes se sienten perdidos por sujetarse con hilos tan delgados que en cualquier instante se rompen y dan al traste con la relación hacia ti mismo.

La contraparte fue redactada: *hágase la luz; y la luz se hizo.* La luz se construyó a sí misma desde el vertedero de la certeza mas ¿a quién le importa acariciar la verdad cuando se vive obsesionado por el poder? Setenta y cinco kilowatts me susurran una artificial veracidad para hacerme pensar en lo que no es y vivirlo como realidad: así ha sido desde hace tiempo.

Comencé a beber en cuanto supe que no vendrías; te entiendo Sepia, ¿a quién le interesa dar un grito de interdependencia en el lugar donde las granadas dejan descalzo? Comprendo que no puedas ver al hombre invisible que soy, por eso Moby Dick construyó una escalera al cielo para descender cada peldaño hacia el inframundo aligheriano.

¿Qué sigue? ¿Una puerta, vitropiso, o lo peor: expendedores automáticos de piedra, papel o tijeras? Querida, no cabe duda: mi baño ya no es el mismo, nosotros tampoco.

Antes de entrar, permita salir

Aquí todo el mundo tiene prisa. Siempre es la misma historia. Abajo o arriba. Arriba o abajo. Arriba las manos para sujetarse bien y no caer en el intento de mantenerse en pie. *Por su seguridad, no se recargue en la puerta*. Aquí todo el mundo tiene prisa. A todas horas (y en todo lugar) hay movimiento. *Avance por el carril del centro*. En el transporte de anhelos-tedio-incerteza todo huele a ser humano. Todo huele a fragancia adulterada mezclada con gotas de salinidad y estrés exhalado por los ínfimos cráteres de la epidermis. *No cruce la línea amarilla.* (Las bajas pasiones no saben leer y por eso la cruzan todos los días.) Las vicisitudes siempre golpean el cráneo de los proyectos: es su pasatiempo favorito. Las letras no desean dinamitar su esqueleto y por ende rabiosamente se incrustan en los muros para permitir que las ave-fuego incuben ahí a todos sus sueños. Profundas excavaciones en el inconsciente buscan gestar los cimientos de las tripartitas torres a través de las cuales se pretende besar el cielo. Historias por millares se entretejen y desconocen durante la terrenal residencia. *Los que vienen de regreso van por el carril izquierdo.* Y todos lo viven. Y todos lo ignoran. Es hora de montar los audífonos en su sitio. Aumentar los decibeles. Reír y permitir que la sonoridad aísle la dulce furia de este monstruo tan tierno que la ciudad representa. Aquí todo el mundo tiene prisa. *Antes de entrar, permita salir.* Siempre.

Implosión

Deseo inmolarme dentro de ese inmenso misterio que soy yo mismo; al despedirme tocaré un réquiem con mi silencio. Nadaré con calma de regreso hacia mi casa, la vía láctea, misma que siempre llevo sobre mi espalda.

Cortes transversales
(Contenido)

Lo único que hace es retornar, por fin vuelve a casa mi propio sí-mismo y cuanto de él estuvo largo tiempo en tierra extraña y disperso entre todas las cosas y acontecimientos casuales.

Nietzsche

La fuga perpetua

Relatos inmersos en rostros ajenos

Los senderos del hermeneuta

Los últimos serán los primeros,
por ende, al final con el corazón se agradece a quienes
acompañaron la materialización de este sueño:

La Canaria
(Naty, siempre Naty, mi hermosa Naty)

Ulises | Yunuén | Leo | Irma | Tata Mendoza | Chuy | Daniela
Chavita | Rafa | Luiggi | Ricardo | Quique | Valladares
Mario | Vane | Meche | Alonso | Hypatia | Gil | Miza
Josué | Gus | Chucho | Moss | Viry
Don Yeyo | Mamá Cande
Mi gente de Apatzingán
& Lázaro Cárdenas

A ti, lector(a), por leer(me)

Y los que faltaron: lo saben, lo saben...

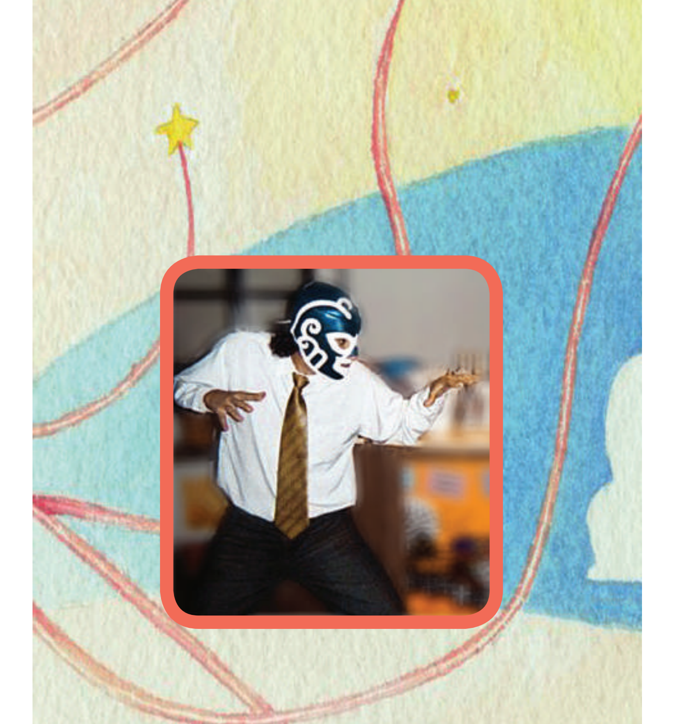
Mil trescientos ejemplares
traen impreso el

Escapismo
en
espiral

Talleres gráficos
Silla vacía Editorial
Morelia, Michoacán, México

MMXV

Un año
(o XXXV)
y contando



Sr. Tarántula

Nació en la Ciudad de la Cantera Iridiscente. Corrector de estilo, ensayista, ponente, miembro de consejos editoriales, buen conversador, boxeador amateur en potencia, caminante nato, antólogo, noctámbulo disperso, aprendiz de vitralista, rockstar frustrado, cliente de los delincuentes en patrulla (y de a pie), editor, bebedor de ocasión, amigo de los amigos, hijo, tío, hermano, docente, poeta y anexas...



Miguel Ángel García

(Morelia, Michoacán, 18 de mayo, 1980.) Psicólogo Social (UMSNH). Fundador de Silla vacía Editorial, director de la revista literaria *Kamikaze*. Ha fungido como docente universitario impartiendo asignaturas de psicología, filosofía y letras. Compilador y prologuista de la antología *Narradores emergentes. Palabra, comunión y desencuentro* (jitanjáfora, 2012). En 2014 publicó el poemario *Polifonía de la luz* (jitanjáfora). Es co-coordinador del libro de ensayos *José Revueltas. Signo de luz y conciencia* (Silla vacía Editorial, 2014). Cursa la Maestría en Filosofía de la Cultura (UMSNH), generación 2015-2017, donde investiga los rasgos ontológicos insertos en la poesía póstuma de Ramón Martínez Ocaranza.



ISBN: 978-607-96534-9-1
9 786079 653491